Jenny Swan

Saga Hechizos & Chocolates

Escena extra

(¡por favor, no la leas antes de terminar el libro 5!)



Escena extra



Mayla y Tom entraron paseando en el pequeño pueblo con Emma. Mayla estaba algo tensa, pero intentó apartar los nervios. Para ella era importante estar allí. Lo había decidido y lo había hablado con calma con Tom. Él no sabía nada de aquel pliegue del mundo en el que vivían los seguidores del Círculo del Metal. Como había escapado de la influencia de su familia a los cinco años, nunca había pertenecido de verdad al círculo de los suyos.

Mayla le había contado lo ocurrido la semana anterior, cuando Madeleine y ella se infiltraron en el pliegue; le habló de la amable dependienta de la bombonería y del carpintero que le había salvado la vida. Si él no hubiera intervenido, quizá no habrían conseguido detener a Marianna y a sus secuaces, y sus enemigos no estarían ahora encerrados en un pliegue del mundo de máxima seguridad. Por eso Tom estaba tan decidido a ir hasta allí y darle las gracias en persona.

Aunque la policía todavía no había dado con todos los cazadores —del traicionero Eduardo de Luca no había el menor rastro—, Mayla esperaba aplacar el rencor de los jóvenes haciendo todo lo que estuviera en su mano para que los miembros del Círculo del Metal pudieran regresar a la vida pública de los brujos.

—¿Es esa la bombonería? —preguntó Emma con su vocecita aguda.

—Sí, cariño.

—¿Es ahí donde tienen los bombones de stracciatella?

Tom rió por lo bajo mientras Mayla se lo confirmaba. Emma se soltó de ellos al instante y salió disparada hacia la puerta de la tienda, que intentó empujar con todas sus fuerzas. Mayla y Tom acudieron a ayudarla. El aroma a chocolate llenaba el local, y Mayla y Emma sonrieron al aspirarlo. A las dos se les dibujó la misma sonrisa en la cara, y Tom volvió a reír en voz baja.

La dependienta que estaba detrás del mostrador era la misma que la vez anterior.

—Bienvenidos al Sueño de Chocolate de Diana —dijo, alisándose un volado del delantal. En cuanto reconoció a Mayla, su sonrisa se apagó y apretó los labios.

Por lo visto, la joven dependienta había presenciado el tumulto en las calles la otra vez y había visto huir a Mayla. Lo más probable era que los vecinos del pueblo también hubieran hablado de que la heredera de las brujas de fuego había estado entre ellos, y la dependienta había atado cabos.

Mayla no se dejó desanimar.

—Sus bombones estaban buenísimos y compartí algunos con mi hija. No me dio tregua hasta que le prometí que vendríamos juntas a comprar al menos dos cajas.

La dependienta miró a Emma por encima del mostrador y una sonrisa tímida le tiró de las comisuras de los labios. Luego volvió a ponerse seria y se retorció las manos, azorada. Parecía que la situación la superaba por completo. Cuando Tom dio un paso al frente, se encogió, y entonces pareció reconocerlo también a él. Su rostro era aún más conocido que el de Mayla.

—Mi mujer me habló de su tienda. Como teníamos pensado visitar el pueblo de todos modos, queríamos cumplirle el deseo a nuestra hija.

A la dependienta se le abrió la boca y balbuceó:

—¿El señor…? ¿El señor…? ¿El señor von Eisenfels?

Emma soltó una risita, pero Tom no rió.

—El mismo, exacto. Y esta es nuestra encantadora hija, Emma. ¿Somos bienvenidos aquí?

—Por supuesto. —La dependienta miró a Mayla, vacilante. Al final consiguió esbozar una sonrisa, cogió las pinzas y les ofreció, primero a Emma y después a Mayla, un bombón de stracciatella para probar. Las dos aceptaron el obsequio con toda solemnidad. Como si lo hubieran ensayado de antemano, olieron su bombón a la vez, se lo llevaron despacio a la boca, cerraron los ojos e hicieron «mmmmm» al unísono.

Tom rió por lo bajo y la dependienta se le unió.

—Desde luego, estas dos son bien golosas. ¿Quiere usted uno también?

Tom lo rechazó con un gesto.

—Con dos adictas al chocolate tengo más que suficiente.

Tras comprar sin demora tres cajas, se despidieron y salieron a la calle para ir a ver al carpintero del pueblo que había salvado a Mayla. La mayoría de los vecinos los reconoció y no pocos pares de ojos siguieron sus pasos, pero las miradas no eran ni despectivas ni hostiles: más bien incrédulas y curiosas. Algunos incluso sonreían. Y cuando Mayla vio con qué rapidez los aceptaban las brujas del Círculo del Metal, y que hasta un mercader ambulante se quitaba el sombrero ante ella, supo que para aquella gente el tiempo de esconderse había terminado.

Puede que pasaran unos cuantos años hasta que todo volviera a ser más o menos normal. Pero si Mayla, Tom e incluso Emma daban ejemplo y lograban convencer a sus amigos de acompañarlos, si poco a poco hacían algunas amistades en el pueblo e invitaban a su vez a las brujas del Metal a sus fiestas, la brecha entre los brujos no tardaría en desvanecerse.

Al cabo de un rato, Emma pidió que la llevaran en brazos, así que Tom se la subió a los hombros. Ella soltó una risita encantada, porque ahora podía mirar a todo el mundo desde arriba. Mayla tomó la mano de Tom y siguieron recorriendo las calles hasta llegar al taller del carpintero.

La puerta estaba abierta y el carpintero trabajaba en una preciosa silla de madera; con sus herramientas tallaba delicados detalles en el respaldo. Levantó la vista cuando se acercaron y abrió mucho los ojos al reconocer a Mayla. Dejó las herramientas a un lado, se secó las manos en el delantal y salió a su encuentro.

—Señora von Eisenfels —dijo, inclinando la cabeza con respeto—. Qué honor que visite mi humilde taller.

Mayla sonrió con calidez.

—El honor es mío. He venido a darle las gracias en persona por su valentía y por lo que hizo la semana pasada. Sin su intervención, todo podría haber acabado de un modo muy distinto.

El carpintero hizo un gesto restándole importancia.

—No tiene mérito alguno. Solo hice lo que haría cualquier persona decente cuando la vida de alguien corre peligro.

—Su modestia lo honra —intervino Tom desde detrás de Mayla—. Pero insistimos en expresarle nuestra gratitud. Arriesgó su propia seguridad por mi mujer.

Al reconocer a Tom, el carpintero volvió a abrir los ojos de par en par.

—¡Señor von Eisenfels! Yo… no tenía ni idea…

—Nada de títulos, buen hombre. Con Tom basta —dijo él con una sonrisa cálida, meciendo suavemente a Emma sobre sus hombros, lo que la hizo reír otra vez—. Esta es nuestra hija, Emma.

—Encantado de conocerla, señorita —dijo el carpintero con una pequeña reverencia, sonriendo al ver la alegría de Emma.

Charlaron un rato más con cordialidad, volvieron a darle las gracias al carpintero y siguieron su camino, con Emma saludando entusiasmada a todo el que se cruzaba con ellos. La gente empezaba a acostumbrarse a verlos y reaccionaba con curiosidad amable en lugar de con miedo u hostilidad.

Cuando el sol empezó a ponerse y bañó el pintoresco pueblo en su cálido resplandor dorado, Mayla sintió una paz y una felicidad profundas. Aquello no era más que el principio, y en el fondo de su corazón sabía que las viejas divisiones por fin empezaban a sanar. Una experiencia compartida y una nueva amistad cada vez, los distintos círculos de brujos volverían a unirse en una sola comunidad.

Le apretó la mano a Tom, le sonrió y él le devolvió la sonrisa, con Emma riendo feliz entre los dos. En aquel instante, el futuro nunca había brillado con tanta claridad.



Espero que hayas disfrutado de la serie Hechizos & Chocolates. Si te apetece leer más historias sobre mujeres maravillosas que están muy lejos de ser corrientes, pásate por mi página en Amazon:

https://www.amazon.com/dp/B0H7KJJG9T

Allí encontrarás cuentos de hadas para mujeres y otras sagas de fantasía urbana.
¡Que la magia te acompañe!

Tuya, Jenny Swan

